EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

AÑO IV | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil) ANUNCIOS Á PRECIOS ECONÓMICOS | MURCIA 18 DE DICIEMBRE DE 1902 | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1 Fuera, trimestre. . . . . » 3 NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES | NÚM 813

¡¡BONITO REGALO!!

LA VERDAD

— DE —

ANTONIO GARRO

Se acaban de recibir grandes remesas de los géneros siguientes los que se venden á precios jamás conocidos:

Azúcares, piñones y almendras.
Alfajores y mantecados de Antequera.
Orejones, pasas y ciruelas.
Lengua, Mortadela, Salchichon de Vich y Lyon, Sobreasada, Jamones en dulce y tréveles, Chorizos, Longanizas y Embuchado.
Quesos Manchego, Roquefort, Plato, Gruyer, Bola, Palmesano y otros.
En conservas de pescados y hortalizas cuantas pidan. 8—5

DE ACTUALIDAD

La Diputación

Según leemos en un colega local, el nuevo gobernador civil Sr. Contreras ha manifestado propósitos muy plausibles, de encauzar la administración provincial, poniendo término al estado de lamentable anarquía en que esta se encuentra.

Entre los empleados de la Diputación, víctimas de esa anarquía, que inútilmente han trabajado por corregir presidentes tan dignos y celosos como el actual Sr. Lopez Palacios, han producido impresión muy satisfactoria las palabras de nuestra primera autoridad.

Los antecedentes tan honrosos del Sr. Contreras, inducen á creer que sus ofrecimientos no tardarán en llevarse á vias de realización y que los Ayuntamientos morosos se verán enérgicamente compelidos al cumplimiento de su deber y al pago de atención tan sagrada.

Los períodos de crisis aguda que frecuentemente atraviesan los establecimientos de beneficencia y la crisis permanente de los empleados, constituyen manifestaciones de un estado morboso al que precisa poner término por razones de humanidad y de justicia.

Si así no se hace, si no se ponen en juego todas las energías y resortes de la autoridad para corregir deficiencias de tanto bulto, burlas del deber é infracciones de la ley tan escandalosas, el mal se agravaría hasta el extremo de hacer imposible su remedio.

Lleve á la práctica el Sr. Contreras cuanto se propone, obligue á que se haga administración y todos seremos á aplaudirle, sin distinción de colores ni opiniones, por encima de todas las cuales está la justicia debida á las autoridades esclavas de su deber y celosas del rigoroso cumplimiento de la ley.

INSTANTANEAS

El "puñao,, de rosas

A mi amigo Julio Nadal

Aun me embriago en sus olores
y aspiro su fresco aroma;
yo tomé en principio á broma
aquellos puros amores.

Porque en verdad yo esperaba
que nos hicieras reir,
cuando te miré salir,
y ya mi risa asomaba

creyéndote no muy lejos
de Eugenio el de los *mendrugos*
ó uno de tantos *Tarugos*
ó uno de tantos *Parejos*.

Más poco á poco te elevas
y te entonas y te creces
y un ramo al público ofreces
como el que á Rosario llevas.

Y aquel *Perez* tan hambriento
que iba detrás de comer
y hasta tocó sin saber
para ello un pito de viento,

se presenta desprendido
despreciando la comida
á que un amo le convida
á condición de un olvido.

Y son sus palabras mieles
y un idilio su pasión
y de oro su corazón
y de gloria sus *quereles*.

Y aquel *Parejo* medroso
que á un pié tuvo tanto miedo
y que se chupaba el dedo
de sencillo y candoroso,

ruge fiero y no respeta
ningun deber ni derecho
y pone enfrente su pecho
del cañón de una escopeta.

Y el que robó un panecillo
en ridículo sainete
y se vió puesto en un brete
y pasó siempre por pillo,

también con ansia amorosa
llega al templo sin temores
y roba á la Virgen flores
para una mujer hermosa.

En fin, que estuviste bien
y aunque en capullos cogidas
las flores por tí ofrecidas
son, pero que de chipén.

Porque las *rosas* que ofreces
son tan ricas y olorosas,
que otro *puñao* de rosas,
por mi salud, te mereces.

Y bendita la ocasión
que tal bien darnos te plugo;
porque eres un gran *Tarugo*,
y que valga la expresión.

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

El dia de la Glorificación

(Fantasía helénica)

I

En el horizonte, el dia se alzaba tranquilo y magnífico, y la ciudad despertaba á la brisa de la aurora, que traía el perfume de los terebintos y de los laureles-rosas. De las chimeneas elevábanse hacia el cielo columnas de humo transparente. Comenzaban á acudir los hombres á la plaza pública, y el sol sonreía en los labios de las musas esculpidas en los frontones de un templo monóptero. Brillaba la espuma, como un chorro de plata fundida, sobre la comba azul del mar. Por cima de los tejados asomaban las arboladuras de las naves, que cargaban naranjas en el puerto. Los tamarindos crecían al sol en las colinas violadas, y entre las moreras y los cipreses florecían las adelfas. Sobre los templos de arquitectura hierática, las estatuas de gracia heróica hablaban del gran arte consciente y simbólico de un pueblo en que la belleza lo era todo. Esparcidas por la ciudad las esculturas de los dioses, mostraban sus líneas inmaculadas. Amarilleaban los mármoles al sol de la mañana, y en la plaza pública ondulaban los puerpos armoniosamente bajo las vestiduras que los cubrían.

Era un dia de fiesta solemne. Las mujeres andaban con la euritmia de las Panateneas: bajo las sutiles gasas se transparentaba la pureza de la forma: los cabellos, flotando al aire, acariciaban sus pechos descubiertos, y las cabras familiares las seguían como perros. Agitando los brazos desnudos que salían de sus túnicas rojas, hablaban los hombres de mirada serena. Una múltiple herencia de belleza, afianzada por la educación estética de los siglos, parecía haber formado los habitantes de aquella raza insólita. Charloteaban las siervas llenando sus ánforas en una fuente, donde las Quimeras lloraban el agua en un vaso de mármol blanco, y los niños desnudos provocábanlas azuzándoles sus perros.

II

Iban colocándose simétricamente en una plataforma que miraba al mar, los poetas, los escultores, los músicos, los gimnasiacas y las sacerdotisas de Afrodita con sus peplos de lana blanca. El viejo escultor Karites, que juntamente con otros artistas tenía la misión de velar por el decoro de la ciudad, presidía aquella solemne Asamblea. Al levantarse el anciano, hubo un gran silencio:

Según antigua costumbre, reunímonos hoy para consagrar nuestros homenajes al ingenio y á la belleza. ¡Raza temerosa del misterio augusto de la forma, raza elegida para adivinar en el esplendor místico de las cosas el alma dispersa de los dioses, salud! Hoy vengo á hablaros, investido con el solo poder de la superioridad intelectual y en la imperturbable serenidad del alma, de todo lo que siendo bello puede y debe acrecentar su belleza. Hoy es el día en que, fieles á nuestra ley, vamos á designar al hombre y á la mujer que el escultor Lysidias inmortalizará para que su forma efímera deje su imperioso y tangible recuerdo á la tierra de que fué adorno, para que no desaparezca su juventud y su gracia como un sueño fugaz, para que su gloria sea siempre sagrada á los ojos de las posteridades bárbaras. La mujer es Antheis, y héla aquí.

A una señal de Karites, dos jóvenes elevaron á la elegida sobre un zócalo triangular. Quitóle una el brazalete que serpenteaba en la cabeza de la virgen; otra desató los broches de que estaba prendida su túnica ligera, y las vestiduras cayeron á sus pies, al mismo tiempo que una cabellera dorada fluía por sus espaldas. Confusa, entrelazando los brazos sobre su pecho palpitante, con gestos de gracioso atrevimiento, Antheis apareció en el supremo deslumbramiento de su belleza. Las sacerdotisas le arrojaban rosas y flores de ligustro; de los turiferarios ascendía un vapor azul calcinante, y la multitud gritaba llena de admiración.

—He aquí—dijo Karites—la figura que queremos inmortalizar.

Y paseando su mirada interrogadora sobre el pueblo, añadió:

—¿Se opone alguien?

—Yo, respondió un joven, subiendo á la plataforma.

Al oir esta voz, Antheis, temblorosa, saltó del zócalo, perdiéndose entre la muchedumbre.

—¿Quién eres tú?—preguntó Karites al recién llegado.—¿Y en qué autoridad apoyas tu pretensión?

—Soy el prometido de Antheis. Mi derecho es el del amor. Mi fuerza la de los juramentos sofocados por los besos.

Y no quiero que ese cuerpo en que palpita un alma prometida se perpetúe para delicias de hombres desconocidos. Todos vosotros, los que la habeis contemplado un instante, teneis de ella un recuerdo brumoso. ¡Vana ilusión, visión desvanecida! No quiero que su imágen perdure en los tiempos.

Un murmullo acogió las palabras del joven. Karites, sonriendo, comenzó:

—Joven: la sencillez de tus celos no puede extrañarnos á los que conocemos la fiebre de las pasiones. Ese derecho absoluto de que te jactas sobre la belleza de una criatura te ha sido concedido por Antheis, pero no por los dioses. Ciertamente que ella puede conceder el don sublime de su juventud y de su esplendor. Pero los dioses, creando á Antheis, pensaron también en los demás hombres. ¿Qué diríais de un músico que no revelase su obra consoladora para las almas tristes? Un hombre cuya palabra cautiva los corazones va á presentarse. Escúchale...

Karites se volvió hacia el pueblo, y dijo:

—Nos falta nombrar el hombre cuyo genio deseamos glorificar, antes de que la muerte haya destruido su fama ó los años afeado su rostro. La vida es corta. Dejemos á los demás la esperanza del mañana, y fieles á los consejos de la Naturaleza, esforcémonos en recoger como un fruto maduro el presente fugaz. Un poeta grande y noble se ha revelado entre nosotros. Por él celébrase fiesta en la ciudad entera y en la intimidad de nuestras almas. Es Mylittes, cuyos versos nos fueron cantados por labios amigos. Las vírgenes coronarán su frente.

Un jóven surgió de entre la multitud.

—Yo soy aquél cuyos versos os fueron cantados.

Los ancianos se levantaron, inclinándose respetuosos.

Una melancolía plácida resplandecía en la frente del elegido.

—Me habéis escogido, á mí, poeta solitario, para elevar una estatua. Ya me veís. Ese honor es una vergüenza porque soy feo.

Lloraba

—Maestro—dijo Karites—no tienes derecho á desfallecer.

—¡Ay de mi! Soñador triste, que he pasado el tiempo meditando en las riberas del mar los secretos de la belleza, mientras los demás jóvenes proseguían en las palestras y en los gimnasios la eurítmica dilatación de sus robustos organismos. Olvidé mi cuerpo mientras mi pensamiento volaba hácia el infinito, y ahora héme aquí, hombre inarmónico, alma gigante en una forma abortada. Las jóvenes que me rodean buscarán los brazos musculosos de otros más bellos, sin fijarse en la poderosa llama que arde en mis ojos, mientras yo canto el amor que palpita en sus corazones.

—¿De qué te quejas?—interrumpió Karites.—Tú eres el que endulzas las horas amargas de la existencia; tú das la emoción intensa en que consiste la felicidad.

—Pues bién: concededme—dijo el poeta—la gracia que os voy á pedir. Que la muerte me haga renacer de mis cenizas inmortalmente expléndido. Hay mentiras necesarias y sublimes. Vosotros, ¡oh, iniciados!, que distinguís las leyes ocultas bajo el encanto de los mitos, lo sabéis demasiado. Escuchadme. Yo os pido que mintáis á los hombres futuros y que aquél que haya llorado con mis versos sea el modelo de Lyridias y que bajo la estatua esculpida se inscriba mi nombre.

Un jóven avanzó. Tenía la belleza serena y tranquila de los Apolos griegos.

—Maestro—dijo, mirando á Mylittes—¿me juzgáis digno de ser el modelo deseado?

—Gracias, hermano. Por tu abnegación tendrán las generaciones venideras un recuerdo esplendente de mi aparición mortal.

Una voz desconocida gritó:

—Nadie tiene derecho á usurpar lo que le negó la Naturaleza. La vanidad, Mylittes, se apoderó de tí.

—¿Quién dice eso? Perdono al ignorante. Yo necesito atraer las almas con mis encantos. Este engaño á la posteridad debo hacerlo. No puede haber aquí sombra de vanidad, pequeñez que ignoran los que poseen el orgullo sagrado. No soy yo el que perpetúa. Son los dioses que hablaron por mis labios.

Antheis se aproximó, apoyando su brazo ligero en la espalda del poeta. Una lágrima que Antheis bebió en un beso, rodó por las mejillas de Mylittes.

—Santa pareja— exclamó Karites.—Tú, la Belleza. Tú, el Genio. Encarnáis lo que en la tierra está más cerca de los dioses. Saboread el legítimo placer de vuestra gloria, que los mármoles inmortalizarán. Y ante tu estátua, ¡oh, poeta!, las jóvenes pensarán que tu forma fué tan bella como tu alma. Nosotros, que creemos en todas las grandes idealidades, necesitamos volver á crear los seres tales como debieron ser. La Naturaleza se olvidó de darte la belleza efímera. Nosotros te damos la inmortal. Nuestra mentira es divina.

III

A lo lejos, las olas cantaban su comentario eterno á impulsos de la brisa aromática, y los cielos sonreían inmensa, misteriosamente. La Naturaleza murmuraba, indiferente quizá, á las dos obras maestras que creara y que los hombres glorificaban. Mylettes pensó que esa Naturaleza arrojaba con energía constante gérmenes encerrados en la matriz de sus formas. Antheis sintió vibrar en su sonrisas la melancolía. Se miraron inquietos.. y por un momento tuvieron conciencia de la vida.

Pedro Gonzalez Blanco.

Teatro Romea

«EL PUÑAO DE ROSAS»

Una buena noche, una excelente noche para el arte, para el público y para los artistas: nada de tangos ni «couplets»: nada de retruécanos ni exhibiciones de formas: una obra seria, hermosa, altamente literaria, hondamente dramática, que interesa y conmueve, y llena las condiciones todas de una verdadera obra de arte.

Inspiradísimos han estado los señores Arniches y Asensio Más en el libro de «El puñao de rosas». La fama de que venía precedido se confirmó y ratificó anoche plenamente, solemnemente. El numeroso público que asistió al estreno de la obra, le elogió con calor y le aplaudió con entusiasmo.

Además del arte conque la fábula se presenta y se desarrolla y llega sin tropiezos al desenlace, manteniendo vivo y creciente el interés de los expectadores; además del ropaje expléndido de una prosa á la vez sencilla y brillante, natural y sin afectación, los autores han acertado en los tipos, que están trazados de mano maestra, y entre los cuales sobresale «Tarugo», que es verdaderamente una hermosa creación.

Aquel rudo trabajador del campo, de alma noble y honrada, de corazón apasionado, que encierra bajo su tosca corteza tantos tesoros de ternura y aun de poesía, es una creación felicísima, de las más felices sin duda alguna del teatro contemporáneo.

Pero si el libro de «El puñao de rosas», merece toda suerte de alabanzas, en cambio la música poco ofrece de particular Si de antemano no supiéramos que la partitura lleva la firma del ilustre Chapí, su audición no nos hubiera inducido á creer que se trataba de tan eminente maestro.

El duo de *Rosario y Tarugo* y el terceto de cazadores, con ser los números mejores, no llegaron á promover el aplauso del público.

Pero aun así y todo, le basta á «El puñao de rosas» su hermosísimo libro para vencer, para ser aplaudido con entusiasmo como lo fué anoche, para que en las representaciones sucesivas llene el público el teatro.

En la interpretación de la obra, corresponde en justicia el primer lugar al director de la compañía Julio Nadal, que se nos reveló anoche en el desempeño del papel de *Tarugo* como un excelente actor dramático.

Tan admirablemente lo interpretó el concienzudo artista, que repetidamente premiaron los calurosos aplausos del público, su meritoria y difícil labor.

A los muchos aplausos y felicitaciones que anoche le tributó el público, unimos los nuestros más entusiastas y sinceros.

La Srta. Entrena, en el papel de *Rosario*, muy bien. Cantó con la afinación y el gusto á que la bella y simpática artista nos tiene acostumbrados y dió al personaje todo el relieve que tiene: Manzano caracterizó y dijo perfectamente su papel: la Sra. del Rio, señorita Cendán, y Sres. Iglesias y Fuentes, estuvieron también muy acertados y merecieron igualmente los aplausos que se les tributaron.

Al final de la representación, el telón se alzó diferentes veces entre unánimes y entusiastas aplausos de la satisfecha concurrencia.

«El puñao de rosas», está llamada á ser sin duda alguna la obra de la temporada: con ella están de enhorabuena la empresa, los artistas y el público, que anoche demostró cómo prefiere este género de obras, culto, literario, honrado, á las procacidades é insulseces de otras obras y revistas, desprovistas totalmente de arte, de buen gusto y aun de sentido común.

—Para esta noche se anuncia el programa siguiente:

A las ocho: «La verbena de la Paloma».

A las nueve: «El puñao de rosas».

A las diez sección doble: «El morrongo» (ESTRENO) y «El juicio oral».

Para mañana noche:

A las ocho: «Enseñanza libre».

A las nueve: «Gazpacho andaluz (ESTRENO).

A las diez: sección doble: «El puñao de rosas» y «El morrongo».

—El viernes tendrá lugar con un escogido programa, el beneficio de la hermosa y distinguida primera tiple señorita Entrena, que tantas simpatías ha sabido captarse en esta ciudad.

Seguramente que el público, aprovechará en esa noche la ocasión para demostrárselas, llenando el teatro y tributándole los aplausos á que tan acreedora es.

Juicios por jurados

Para el próximo cuatrimestre, se han señalado en la sección segunda de esta Audiencia los siguientes juicios por jurados:

Mes de Febrero

Dia 9.—Uno del juzgado de San Juan, contra Juan Nicolás Sanchez, por homicidio.